

EL PAIS LIBROS

Nuevas ediciones de Marx o los restos del naufragio. **3**

Yukio Mishima o la fascinación del origen. **5**

Jorge Guillén entrevistado frente al mar de Málaga. **7**

ARO III, NUMERO 66 / MADRID, 23 DE ENERO DE 1981

La manipulación del monoteísmo

MARCOS RICARDO
BARNATAN.

EL TESTAMENTO DE DIOS.
Bernard-Henri Lévy.
El Cid Editor. Buenos Aires, 1980.
300 páginas, 500 pesetas.

La frase de Théophile Gautier «Antes de la barbarie que el aburrimiento» es elegida por el joven filósofo francés para ser labrada en la desmesurada lápida que recuerda la muerte de Dios. Tras el múltiple maguicidio, nace para el siglo engañosamente ateo, revestido de una vieja religiosidad transmutada en un nuevo paganismo. Al Dios único, al Dios soberano, le han sucedido los ídolos de piedra y madera; y se llaman Estado, Naturaleza, Partido, Campo de concentración. Para Bernard-Henri Lévy la desaparición de «el más sublime» trae la confusión de la indiferencia entre el Bien y el Mal, lo noble y lo innoble, la muerte y el homicidio. Una locura generalizada amanece, y con ella una orgía de sangre que intenta convertirse en el Amo y llenar el vacío, la gran ausencia. En Stalingrado, Hitler confía a Bormann que el mayor crimen de los judíos fue la invención del cristianismo. «¿Qué es el paganismo?», se pregunta, «sino el retorno de lo inhumano, el arrojamiento del judío y cristiano y que, sin embargo, se encuentra ahí de nuevo, paradójicamente, en el finis terra del porvenir?».



Bernard-Henri Lévy.

El monoteísmo se transformará en el blanco preferido de este paganismo político, y el Holocausto nazi, en la consumación de un odio metafísico, «cuyo propósito último consistía en borrar todo recuerdo del pueblo de la Biblia». Montherlant canta la victoria de la Alemania pagana sobre una Francia cristiana y decadente. Drieu la Roche le reconoce pertenecer a la reli-

gión de Platón y no a la de san Pablo, Ernst Jünger cree ver flotar sobre los montones de cadáveres «el rostro sonriente de una divinidad». Pero el paganismo no es para nuestro filósofo una exclusividad del fascismo, sino que la extiende al marxismo con el calificativo de estoico y con los no olvidados adornos del antisemitismo de Marx, su cruzada atea contra el monoteísmo

y en la renovación del trueque de «deidades» por «deiforos» que tiene sus orígenes en Voltaire y el barón de Hothbach. Así, la tradición revolucionaria y la fascista coinciden en la repugnancia común al monoteísmo, encarnado no sólo en Moisés, sino también en Cristo y en el Islam. Del antagonismo, muchas veces sangriento, entre la Igleiía y la Sinagoga, pasamos al antisemitismo volderiano y a la gran regresión pagana del siglo XX. Hasta aquí el paisaje con figuras trazado por Bernard-Henri Lévy, en el que no nos da a escoger entre Hitler o Stalin, y opta por «volver e oír, volver a entender, en nuestros días, la extrema modernidad del Libro monoteísta».

La Ley, el Libro, es el Testamento de Dios, y en su letra preñada «como un nuevo cabalista, metafísicamente ateo—Lévy busca y cree encontrar la necesaria alternativa a los «malos de la época», la panacea para la gran Resistencia. «Pero ¿qué hacer?», se pregunta, para en seguida hacer ondear la bandera blanca al Estado de monoteísmo y capitalismo, como supestrato árbitro de los conflictos entre las clases sociales y como garantía de las libertades individuales. Así, nuestro profeta empuñe quelece de pronto su acento visionario y acaba convirtiéndose en un liberal más, obsesionado con los disidentes soviéticos y sordo a las disidencias termerunistas representadas, cuando no destruidas, por las dictaduras fascistas. Pero Lévy se diferencia de sus epígonos españoles porque su teoría empieza por ser una teoría frente a la mediocre improvisación de nuestros liberalistas libertarios, y porque no cae en el nefando vicio de la compla-

encia nostálgica por el fascismo. Por último, su condición evidente de judío nada imaginario (y ahí el fantasma de Alain Finkielkraut) le impide ser antisemita.

La sabiduría y la pasión bien mezcladas con una inteligente prosa son las armas literarias de Lévy, las que utiliza para fascinar cuando no puede recurrir a su imagen, que resulta tan televisiva. Sin embargo, abusa sin necesidad de un viejo recurso del panfleto, que consiste en la extrapolación deformadora de conceptos, gracias a la cual nuestro minucioso inquisidor consigue encontrar rastros politeístas en casi todos los prohombres del pensamiento progresista. Ya que entre los equivalentes reaccionarios no precisa recurrir a ninguna manipulación. Las citas bíblicas se prolongan a lo largo de la obra, confundiendo al texto una tramada erudición taxativa singularísima en un escritor tan moderno y no creyente, característica que pudiera llevar a confusión al lector e inclinarle a creer que se trata de un pensador inmerso en la tradición judía más ortodoxa. Bernard-Henri Lévy no es un talmidista ni un hagiógrafo al uso, pero tampoco participa de los *ries* propios del pensamiento talmúdico: el psicoanálisis y el marxismo.

El testamento de Dios es una opción militante por el monoteísmo ante la vieja disyuntiva: *Ateos o Jerusalén*, y como tal resulta un libro fácilmente polémico, más seguro para los demuestrados más ferozes y para apasionados conversos. El practicismo, abandonado por los judíos hace muchos siglos, encuentran en Lévy su más actual profeta.

La última novela de Mercè Rodoreda

FRANCESC GARRETA

QUANTA, QUANTA GUERRA...
Mercè Rodoreda.
Club dels Novel·listes.
Barcelona, 1980.

Oculta entre los libros-regalo que el mundo editorial presentó con motivo de las últimas Navidades, apareció la última novela de Mercè Rodoreda, *Quanta, quanta guerra...* Creemos que, por tratarse de dicha autora, esta nueva obra no debería pasar inadvertida.

Ya en la pasada primavera, Mercè Rodoreda anunció su retorno al género. Retorno, por otra parte, no de una huida o de un abandono, sino de un período sin publicar novela. En el intervalo publicó *Viajes i flors*, libro muy leído pero que el tiempo no ha dejado aún espacio para tratarlo con extensión.

La publicación ahora de *Quanta, quanta guerra...* es significativa por dos razones. Por un lado, toda publicación de la autora —flamante Premi d'Honor de les Lletres Catalanes 1980— es ya motivo de consideración; por otro, esta obra constituye un nuevo hito en la línea creadora de Mercè Rodoreda. En *Viajes i flors* —y aunque cronológicamente buena parte del libro fuese de producción muy anterior— mostraba ya esa capacidad de riqueza en la fantasía y en la imagen, ambas, sin embargo, muy ligadas a una realidad que en *Quanta, quanta guerra...* encontramos de nuevo de forma sorprendente y bella.

El tema presenta como héroe —antihéroe, al decir de la autora— al adolescente Adrià Guinart, en su huida del hogar para ir a la guerra y en su recorrido (viaje) posterior al despertar. Una guerra que perma-

neces como telón de fondo, simbólico («Una novela de guerra sin guerra», dice la autora), pero que conserva un carácter muy concreto y en un determinado país. Adrià Guinart conocerá gente muy diversa, deberá enfrentarse con situaciones muy distintas: ver, aprender, vivir en definitiva. Todo ello plantea el binomio guerra-vida o vida-guerra donde están presentes la muerte, la injusticia, el miedo, la maldad, el hambre, pero también el amor, la esperanza y la libertad. La novela concluye con una clara opción por la esperanza.

Todo ello a través de la capacidad de expresión de la autora, de una belleza superada constantemente. Cada capítulo constituye una agradable e impresionante sorpresa y de ellos algunos son tomo pequeñas obras dotadas de autonomía propia.

La autora ofrece además un

prólogo donde, de manera familiar e inteligente, explica cómo surgió la idea del libro, aclara el origen de algunos capítulos donde el mundo de fantasía no es gratuito y, sobre todo, habla de la emoción que le causa la pluma, la idea que reside de toda la obra, la libertad.

Muchos lectores de la obra de Mercè Rodoreda quizá quedarán sorprendidos tras una primera lectura de esta novela. No obstante, descubrirán la madurez de un autor que sabe contemplar aspectos totales y básicos mostrándonos las peculiares formas de expresión rodoredianas, comprensibles sobre todo a partir del conocimiento de su obra anterior. De este modo, esta novela, a la vez que completa el corpus de su obra, abre nuevas y sugerentes dimensiones que, por su madurez esperanzada y juvenil, permiten contemplar con optimismo la actual realidad catalana.



Mercè Rodoreda.

ANTONIO THEDA